

sia, de cuarenta y ocho compañías sacadas de los puertos y de los arsenales, y de las ochenta formadas en las cohortes. Con estas fuerzas habia para prestar el servicio de mil bocas de fuego. Tocante al material todo habia quedado hundido bajo las nieves de Rusia; mas por fortuna estaban llenos nuestros arsenales de mar y tierra. Solo faltaban cureñas de campaña, y Napoleon hizolas construir en todas partes, y hasta en Tolon, en Brest y en Cherburgo. Sin duda debian llegar tarde las que se construyeran en estos puntos, pero á orillas del Rhin habia para montar seiscientas bocas de fuego, lo cual era suficiente para el principio de la campaña.

Respecto de los caballos aun habia sido mayor la pérdida que la de los hombres y los carros. Nuestra retirada sobre el Oder habia reducido mucho nuestros medios de remonta, si bien mas para caballos de silla que de tiro. Napoleon esperaba que el general Bourcier, encargado de todas las compras y estimulado por una correspondencia cotidiana, llegaria á juntar alrededor de diez mil caballos de tiro en la Baja Alemania. Quince mil ordenó que se sacasen de Francia por requisicion y pagándolos al contado. Rigoroso procedimiento es el de las requisiciones y manchado hasta de despojo, como que se quita el objeto requerido á quien no quisiera venderlo; pero su rigor estaba muy justificado por la urgencia, al par que muy suavizado por el pago al contado. Con estos diversos medios y con inmensa fabricacion de arneses, no dudaba Napoleon reunir seiscientas bocas de fuego, y los correspondientes tiros de caballos para el principio de las hostilidades, esto es, pa-

ra abril ó mayo, y mil para dos meses mas tarde.

Se puede decir que la caballeria era mas importante que la misma artilleria, á causa de la prodigiosa cantidad de tropas de á caballo con que contaba el enemigo; y estaba destruida no solo en lo que habia existido, sino en los medios que pudieran servir para reorganizarla. Todos sus caballos habian perecido como los de la artilleria, y nuestro grande ejército que pasó el Niemen con sesenta mil caballos, dejando veinte mil de reserva, trajo tres mil tan solo, dejados en Danzick los unos, y reunidos los otros en torno del principe Eugenio. Casi era de igual consideracion la pérdida de hombres. Napoleon calculó tener de veinte y cinco á treinta mil ginetes, y en su concepto bastaba montarlos y equiparlos para que fuesen tan buenos como antes. Pero ya rectificadas los primeros datos, no esperaba librar mas que once ó doce mil del abismo donde nuestro ejército se habia sepultado. Mucho disminuyeron los recursos para remontarlos desde que se perdieron la Polonia, la Vieja Prusia, la Silesia y el Mecklemburgo. Aun quedaban Hannover y Westfalia. De dos á tres mil caballos se habian sacado de los países evacuados, y se presumia que aun se sacaria de nueve á diez mil del territorio comprendido entre el Rhin y el Elba. Con los diez mil de tiro, de que acabamos de hablar para la artilleria, se aproximaban á veinte mil los que habia que sacar de estas comarcas. Ocupábase el general Bourcier en comprar caballos, en apresurar la fabricacion de las sillas, en recoger los hombres que volvian extenuados, en vestirlos, en hacer que descansaran de sus fatigas para que ingresaran de nuevo en

las filas. No sin trabajo llevó su tarea adelante á pesar de la fuerza y del dinero, por consecuencia de la mala disposicion en que se hallaban aquellas provincias. Aunque Napoleon habia abierto al general Bourcier créditos ilimitados, costaba mucho hallar contratas, por lo muy turbadas que en tales momentos de crisis se encontraban las relaciones comerciales. Lisongeándose de que el general Bourcier se proporcionaría con que montar de trece á catorce mil ginetes, y recelando que no tornara un número igual de Rusia, le envió de dos á tres mil desmontados de los depósitos del Rhin. Inmediatamente hizo salir de París á los generales Latour-Maubourg y Sebastiani para que fuesen á Hannover á ponerse á la cabeza de la caballería remontada. Les ordenó que formasen dos cuerpos, parte de coraceros, parte de húsares y cazadores, y que tan luego como juntaran seis mil ginetes capaces de ponerse en marcha, se los llevaran al príncipe Eugenio.

Además calculaba Napoleon que habiendo recibido los depósitos de caballería la parte correspondiente de las conscripciones de 1812 y de 1813 le proporcionarían otros diez mil ginetes instruidos. Encargado estaba el duque de Placencia de juntarlos en escuadrones correspondientes á los antiguos regimientos del grande ejército, y de conducirlos, cuando ya estuvieran formados, á los cuerpos de los generales Latour-Maubourg y Sebastiani, y de refundir cada destacamento en el regimiento á que pertenecía, para que de esta suerte los regimientos se completaran del todo. Agregados estos diez mil ginetes á los trece ó catorce mil que se remontaban en Alemania, se jun-

tarian de veinte y tres á veinte y cuatro mil hombres de á caballo, fuerzas que constituía una buena base de caballería.

No faltaban caballos en Francia para los diez mil ginetes, cuya pronta organizacion estaba confiada al duque de Placencia: tres mil quedaban de la remonta de 1812: no ascendian á menos de siete ú ocho mil los que se podian sacar de los ajustes hechos. Napoleon ordenó una requisicion de quince mil caballos de gruesa caballería: pagándolos al contado como los caballos de tiro, medida rigurosa, segun acabamos de reconocerlo, bien que justificada por las circunstancias. Veinte y dos mil caballos habian proporcionado los donativos voluntarios, generalmente de caballería ligera. Asi en Francia debia tener para montar cuarenta y cinco mil hombres, que, unidos á los que se esperaba sacar de Alemania, sumarian cerca de sesenta mil ó cincuenta mil cuando menos para la caballería disponible en la próxima campaña. Obtenidos los caballos, debiendo salir los hombres de las conscripciones de 1812 y de 1813, no faltaba mas que buscar los cuadros. Excelentes los habia en España, y así dispuso Napoleon sacar de allí un cuadro de escuadron por cada regimiento de á caballo, tomando los oficiales, los sargentos y algunos soldados selectos, segun hizo con la infantería. Tambien prescribió enviarlos al Rhin á toda prisa. Llenos estos cuadros con los ginetes que en los depósitos se hallaran formados y montados, iban á componer una segunda reunion de fuerzas que, á las órdenes del duque de Padua, se debia juntar á la llevada antes por el duque de Placencia.

De pronto Napoleón debía tener en Alemania, ante todo trece ó catorce mil ginetes, despues veinte y cuatro mil cuando el duque de Placencia llegara allí con su cuerpo de tropas, y cuarenta mil cuando el duque de Padua se presentara con el suyo. Mas tarde estaban destinadas á llegar las otras fuerzas. Recursos ofrecia Italia para seis mil ginetes, listos la mitad de ellos para la abertura de la campaña, lo cual debía proporcionar al cuerpo del general Bertrand como unos tres mil hombres de á caballo.

A todas estas fuerzas queria añadir Napoleón la Guardia imperial, constituida bajo proporciones nuevas del todo. Cruelmente habia sufrido en Rusia, sin embargo, aun tenia cuadros bastante numerosos en Alemania, en Francia y en España. Aquí especialmente habia una division entera de la Joven Guardia. De todos estos elementos determinó servirse Napoleón para recomponer su tropa de preferencia. Mucho estimaba por su fidelidad á la Vieja Guardia, cualidad que los sucesos podian hacer preciosa: tambien estimaba á la Joven Guardia, porque merced al espíritu de cuerpo, no introduciendo en sus filas mas que hombres escogidos, dentro de poco podia adquirir el valor de las mejores tropas. De consiguiente hizo pedir á todos los cuerpos que en el desastre de Moscou no habian sufrido, y especialmente á los de España, cierto número de veteranos para completar la Vieja Guardia. Para reconstituir la Joven de igual modo, tomó de la conscripcion de las cuatro últimas clases hombres jóvenes y robustos, distribuyéndolos en los cuadros existentes de tiradores, fusileros y cazadores. A cincuenta y tres elevó el

número de batallones, y á treinta y tres el de escuadrones de la Vieja y la Joven Guardia. Igualmente aumentó la reserva de artillería, de la cual se servia siempre con tanto provecho en las grandes jornadas, y dióle unas trescientas bocas de fuego. Para esta última organizacion le proporcionó individuos excelentes la artillería de marina. Así la Guardia imperial debía presentar un ejército de reserva de cincuenta mil hombres inscriptos en las listas, y de cerca de cuarenta mil combatientes en linea de batalla.

Aunque menos necesarios los trasportes en Alemania que en Rusia, siempre tenían á los ojos de Napoleón una ventaja, la de hacer posibles las concentraciones repentinas, llevando víveres para ocho ó diez dias. Así reorganizó los batallones de los trenes, y compuso cinco de ellos en Alemania con las reliquias de los quince que hicieron la campaña de Rusia. Seis organizó con los cuadros dejados en Francia. Estos once batallones podian llevar los víveres que en diez dias necesitaran doscientos mil hombres, lo cual era suficiente para preparar y dar una de aquellas sangrientas batallas, con las cuales decidia comunmente la suerte de las grandes guerras. Respecto de carros hubo de renunciar á los que se hundieron en los lodazales de Polonia, ó en los arenales de Prusia, y se redujo al cajon antiguo algo modificado y al carro de violin que por su ligereza habia prestado verdaderos servicios.

Mediante estas vastas creaciones proponíase atajar á la coalicion junto al Elba, sino la atajaba junto al Oder, y hacer que se desvaneciesen las esperanzas de que parecia embriagada. Teniendo

de guarnicion en las plazas del Vístula y del Oder alrededor de cincuenta mil hombres, cuarenta mil de tropas activas á las órdenes del príncipe Eugenio, iba á reforzar á éste con los cuarenta mil hombres del general Lauriston, á juntar de este modo ochenta mil hombres junto al Elba, á contener allí alenemigo, y á prevenir allí toda invasion en la Baja Alemania. Luego, con los dos cuerpos del Rhin, con el cuerpo de Italia llegando por Baviera, y finalmente, con la Guardia imperial, debia contar Napoleon cerca de doscientos mil hombres en Sajonia, para el mes de abril ó mayo, y alargar la mano al príncipe Eugenio, y agobiar á los rusos con trescientos mil combatientes, aunque se les agregasen muchos aliados. Como de reserva quedaban los antiguos cuerpos, que se iban á reorganizar á las órdenes de los mariscales Davout y Victor, los cuadros procedentes de España, los ciento cincuenta batallones de depósito destinados á recibir la conscripcion de 1814, pudiendo suministrar aun de ciento á ciento cincuenta mil soldados. Jóvenes eran las nuevas tropas allegadas por Napoleon é inexpertas, pero los hombres eran vigorosos, á causa de la edad en que se hallaban los mas de ellos, los cuadros los mas aguerridos del mundo, y estaban impacientes por restablecer el prestigio de nuestras armas. La principal dificultad consistia en el tiempo, harto corto para tan vastas creaciones. Pero, tanto en administracion, como en guerra, poseia Napoleon el arte maravilloso de servirse bien del tiempo con que contaba. Al modo que sabia hacer doblar á sus tropas las etapas, sabia hacer doblar el trabajo á las administraciones, trazandolas su marcha, resolvien-

do por sí mismo las cuestiones dudosas, ante las cuales se paraban á menudo, haciendo ejecutar simultáneamente operaciones que por lo comun no se llevaban á cabo sino una tras otra, vigilando especialmente cada cosa con sus propios ojos, no perdiendo de vista la ejecucion de sus mandatos, enviando á todas partes, como en las épocas en que desplegaba mas ardimiento y juventud, una multitud de oficiales, que todas las noches le daban cuentas antes de acostarse de lo que habian visto, no haciéndoles leer su correspondencia, sino leyéndola por sí mismo, y pidiendo cuenta á los agentes morosos de la mas mínima de sus órdenes no cumplidas, para reconvenirles, si la omision era suya, ó para remover el obstáculo, si nacia de la naturaleza de las cosas.

Nunca se le habia visto mas jóven, mas activo, mas paciente, menos emperador en suma, y mas general ó ministro. Para estas circunstancias restableció un uso, que le fué muy provechoso en otro tiempo, y consistió en colocar en Maguncia al anciano Kellermann, duque de Valmy, con una autoridad superior sobre todas las divisiones militares de las orillas del Rhin desde Wesel hasta Strasburgo. Teniendo todavia el mariscal Kellermann, aunque de edad bastante avanzada, mucha actividad y gran costumbre en la organizacion de tropas, disponiendo además de inmensos almacenes y de créditos de que daba cuenta al emperador todos los dias, inspeccionaba los destacamentos enviados desde su depósito respectivo á los puntos de reunion ya designados, casi todos los cuales pasaban por Maguncia, se aseguraba por sus propios ojos de si les faltaban oficiales, calza-

do, vestuario ó armamento, al punto lo suplía todo, y sino le era posible, se lo comunicaba al emperador, quien se encargaba de proveer á todas las necesidades. A costa de tan incesantes esfuerzos, lograba Napoleon realizar estas creaciones repentinamente, insuficientes sin duda, por grandes que fuesen, para reparar las consecuencias de una política inmoderada, pero bastantes para asombrar al mundo, para añadir una nueva gloria á la que ya nos condecoraba, y para obligar á Europa á derramar toda su sangre por vencernos. Aridos pueden parecer de seguro estos pormenores, si bien solo á aquellos que no saben ó no tienen gusto de aprender cómo se consuman las cosas grandes.

No habia suficiente con reunir de prisa estas fuerzas, se necesitaba pagarlas. Mientras Napoleon trabajaba en la recomposicion de su ejército dia y noche, no se ocupaba menos asidua y activamente en poner la hacienda del Imperio en disposicion de cubrir los gastos de tales armamentos, lo cuál no era fácil á continuacion del descrédito rentístico emanado de estar ya el descrédito político en sus principios.

Ya en otro lugar expusimos como los presupuestos del Imperio limitados durante muchos años á la suma de setecientos ochenta millones de francos (novecientos con los gastos de recaudacion) fueron elevados á doscientos millones mas el año de 1811 de pronto, esto es, á un total de mil y cien millones. A dos causas atribuimos este súbito aumento; primera á la agregacion de Roma, de Iliria, de Holanda y de los departamentos anseáticos á Francia; segunda á los armamentos contra Rusia. Naturalmente las agregaciones de territo-

rios hicieron subir los gastos, si bien mucho mas los ingresos, pues proporcionaron á los presupuestos un aumento de productos de noventa millones, al par que las cargas no crecieron tanto ni con mucho. Solo ocasionaron aumentos de gastos los armamentos contra Rusia. A estos proveyóse con los productos ordinarios y extraordinarios de las aduanas. Mucho habian subido los productos ordinarios á consecuencia del modo de entender el bloqueo continental, que consistia en cerrar los ojos, segun se ha visto, respecto del origen de los géneros coloniales, haciendo que de su valor pagaran un cincuenta por ciento. A ciento cincuenta millones se elevaron los productos extraordinarios resultantes de las presas hechas en Bélgica, en los departamentos anseáticos y en Holanda.

De este modo se pudo hacer frente á las necesidades de 1810, 1811 y 1812. Sin embargo, algun déficit habia que era menester cubrir con urgencia. A cuarenta y seis millones ascendia el correspondiente al presupuesto de 1811, fijado con los gastos de recaudacion en mil doscientos millones al principio, consistiendo en que la carestía costó veinte millones al Tesoro, y en que tuvo no escasa disminucion el producto de las maderas. Calculado el presupuesto de 1812 en mil ciento y cincuenta millones, daba tambien por resultado un déficit de treinta y siete millones y medio. De consiguiente habia que buscar ochenta y tres millones para cubrir estos dos presupuestos, si bien afortunadamente no toda esta suma exigia un pago inmediato, á causa de no estar liquidados los gastos del todo. Tocante al presupuesto de 1813, haciéndose la guerra casi junto á nuestras fronteras,

ó en países aliados, á los cuales habia que guardar contemplaciones, no quedaba otro arbitrio que mantener las tropas á expensas de Francia. Se calculaba, pues, que el presupuesto no ascenderia á menos de mil doscientos y setenta millones, y que el déficit seria por tanto de ciento cuarenta y nueve millones el año de 1813. Agregándolo al de 1811 y al de 1812, se llegaba á la suma total de doscientos treinta y dos millones que faltaban al Tesoro, y que no se sabia como proporcionarse, pues jamás se habia pensado en recurrir al crédito desde la antigua bancarrota.

Ya hemos dicho que el déficit de 1811 y de 1812 no se hacian sentir mucho, por no estar aun liquidadas las cuentas del todo; pero siendo inmensos los gastos para principios del año de 1813 y ascendiendo á mucho mas que los ingresos recaudados, se resentia de extremado el apuro. Mr. Mollien, ministro del Tesoro, talento ingenioso aunque circunspecto, temeroso con fundamento de que su consideracion personal padeciera, si recurria á medios irregulares, se hallaba muy desconcertado, y con sus escrúpulos figuraba ante Napoleon como una de las dificultades del momento. Al límite de las facilidades que podia ofrecer habia llegado la caja de servicio, cuya creacion honraba la administracion de Mr. Mollien y fué de gran socorro. Sin duda se hace memoria de que antes del establecimiento de esta caja, siempre que habia necesidades apremiantes, enviaba el Tesoro á descontar las obligaciones de los recaudadores generales, y casi por lo comun á estos mismos, quienes las descontaban con los fondos del Tesoro ya entrados en sus manos. Como desde la creacion

de esta caja de servicio debian ingresar al punto en ella los fondos de los recaudadores generales, y ya no eran descontadas sus obligaciones, habia desaparecido esta especie de agiotage. En su lugar se hallaba la caja de servicio, continuamente alimentada por el derrame de fondos de los recaudadores generales, y emitiendo para sus necesidades cotidianas billetes, que ganaban interés y estaban muy acreditados en el comercio. Tales eran los bonos del Tesoro de entonces.

Esta caja habia suministrado hasta ciento doce millones de recursos corrientes á principios de 1813, y no le era posible llevar mas allá los medios de crédito de que disponia. No poseyendo Mr. Mollien el secreto de Napoleon mas que los otros ministros, creyendo con el público en la inmensidad del tesoro acumulado en las Tullerías, quisiera que Napoleon derramara sin demora ciento ó doscientos millones en las arcas del erario, y, en su profundo sentimiento, le acusaba á menudo de una avaricia extraña y aun casi de cierta especie de codicia. Pero en esto, como en la guerra, se mostraba Napoleon admirable por la perspicacia, el orden, la destreza, y para corregir su política por medio de su administracion, operaba milagros. Justo es tambien añadir que era admirable por el desinterés, y que no tenia otra codicia que la de la ambicion.

Véase el secreto del tesoro acumulado en las Tullerías, y que Napoleon hacia muy bien en no revelar ni aun á sus ministros, una vez admitido aquel sistema de gobierno. Consistia en los residuos del tesoro extraordinario y en las economías de la lista civil.

Muy mermados se hallaban los residuos del te-

soro extraordinario por consecuencia de las donaciones prodigadas á los militares que habian servido gloriosamente, y tambien de los socorros suministrados al presupuesto de la guerra. Con efecto, no se debe echar en olvido, que para equilibrar los gastos y los ingresos del Estado, habia cargado Napoleon muchas veces al tesoro extraordinario una porción de los dispendios que la guerra traía consigo. Asi el tesoro extraordinario, cuyo importe habia variado desde trescientos veinte hasta trescientos cuarenta millones, solo era á la sazón de trescientos veinte y cinco, bien que no en valores líquidos. De esta suma se contaban ochenta y cuatro millones prestados de antiguo al departamento de hacienda, nueve ó diez empleados en acciones del Banco, compradas por Napoleon de vez en cuando á fin de mantener su curso, otros quince millones en diferentes valores del Tesoro, que, para sostenerlos, tomaba Napoleon igualmente bajo su mano, como los bonos de la caja de amortización por ejemplo. Además se contaban doce millones prestados á las ciudades de París y Burdeos y á muchos comerciantes, siete millones suscritos secretamente en el empréstito de Sajonia, cuatro millones empleados en azogue dejados en las minas de Idría, y finalmente, ciento treinta y cinco millones debidos por Prusia, Austria, Westfalia, Sajonia y Baviera. Esta última suma era de recuperación imposible, porque Prusia no solo pretendia no deber nada, sino que se presentaba como acreedora. Tanto el matrimonio imperial como las circunstancias eximian de estas obligaciones á Austria, y lejos de poder suministrar dinero los demás Estados alemanes, tenian necesidad de que

se les prestara. En totalidad eran doscientos sesenta y siete los millones empleados ó debidos al Tesoro y no realizables ahora, pero ganaban interés y su producto constituía la renta anual del dominio extraordinario. Esta renta ascendia á trece ó catorce millones, con los cuales Napoleon hacia larguezas, limosnas, y hermooseaba á veces la capital de su Imperio. No quedaban, pues, mas que cincuenta y ocho ó sesenta millones disponibles, suma de consideracion escasa, bien que, empleada oportunamente, podia ser de gran socorro.

Tras del tesoro este venia el de la lista civil, fortuna particular de Napoleon, acumulada á fuerza de prodigios de economia. Napoleon disfrutaba cuarenta millones de lista civil poco mas ó menos, veinte y cinco de ellos por Francia, cuatro por el producto de los bosques de la corona, cerca de once por las listas civiles de Roma, del Piamonte, de Holanda, de Lombardia, de Toscana. Pero tenia que sostener los palacios de Francia, del Haya, de Amsterdam, de Turin, de Milan, de Florencia, de Roma, y hacíalo con una magnificencia digna de su grandeza. A veces compró hasta seis millones de diamantes antiguos ó modernos en un año para reponer el tesoro de la corona en pedrería. Una casa militar mantenía de brillo excesivo. Consecuente consigo propio, gastaba en favor de las letras, de las artes, de las ciencias, á menudo añadía actos de beneficencia de la delicadeza mas noble, y llevaba tanto orden en sus cuentas, que todo estaba allí apuntado con el esmero mas escrupuloso, hasta el punto de que, por ejemplo, la primera partida de ingresos que figuraba en sus libros, despues de los veinte y cinco millones de la lista

civil francesa, era la siguiente: *Honorarios de S. M. Imperial y Real como miembro del Instituto*, 1,200 francos (1).

Durante largo tiempo no tuvo Napoleon de lista civil mas que veinte y nueve millones, y solo hacia tres ó cuatro años que disfrutaba los cuarenta. Desde su elevacion al trono habia economizado ciento treinta y cinco millones, de los cuales empleó algunas porciones en buenos valores del Tesoro ó de la industria, para sostener su curso, como los bonos del Monte de Napoleon en Milan, la caja de Amortizacion en París, los canales de Loing y del Mediodía, etc. Pero de este tesoro habia guardado cerca de cien millones en metálico dentro de los sótanos de las Tullerías, pensando que en circunstancias árdas ningun recurso equivalia al del dinero contante. Le quedaban, pues, cerca de sesenta millones del dominio extraordinario, y ciento de los ciento cincuenta y cinco millones economizados de la lista civil, sumando cerca de ciento sesenta millones en oro y plata, ya en las Tullerías, ya en las arcas del dominio extraordinario.

Tales eran los valores metálicos que hacian decir á unos que tenia trescientos, á otros cuatrocientos y hasta seiscientos millones en metales preciosos, dentro de un subterráneo de su palacio. No explicándose Napoleon á las claras, no imponiendo jamás á un cajero en el secreto de otro, resumiendo por sí solo en su vasta cabeza el estado de su ejército y de su hacienda, dejaba que cada

(1) Damos estos pormenores con las cuentas de Napoleon á la vista.

cual creyera lo que le agradara, y á veces decia cuanto bastaba para acreditar el susurro de un tesoro prodigioso. Despues de su ejército, este era su principal recurso. Uno solo valiera mas, la prudencia política: excepto esta poseia todos los otros. ¡Por desgracia ninguno podia reemplazarla!

Si rindiéndose Napoleon á las instancias de su ministro, derramara estos ciento sesenta millones en las arcas del erario al primer apuro, y aun al segundo, viéralos desaparecer de seguida, y se hallara sin dinero de pronto, como un general sin tropas sobre el campo de batalla. Por tanto estaba cuerdateamente resuelto á no desprenderse de esta suma, á no mediar una necesidad imperiosa, reservándose parte de ella para sostener los valores que el ministro de Hacienda se viera obligado á crear tarde ó temprano, y queriendo ahorrar una porcion considerable para los casos urgentes. Al propio tiempo se guardaba muy bien de justificar su resistencia declarando el extremo á que se habian reducido sus recursos extraordinarios, conservaba así su secreto para sí solo, aguantaba las insinuaciones de Mr. Mollien harto acres á veces, y dejaba que hablasen este ministro y otros, no entregándose á su natural impaciencia mas que cuando iba bien todo, haciéndose por el contrario, cuando todo iba mal, dulce y tranquilo, para no añadir los defectos de su carácter á los trabajos que pesaban sobre sus servidores. De este modo, sin que se explicara, desvelábase por tener los doscientos treinta millones que faltaban para los presupuestos de 1811 y de 1812, y por cubrir del todo el de 1813.

A ningun precio queria Napoleon subir los tri-

butos, por mas que un aumento de las contribuciones directas, muy fácil de soportar, bastara para producir los ciento cincuenta millones de más que en el año de 1813 hacian falta. Bajo el aspecto rentístico saliero: bien las contribuciones indirectas por él restablecidas, bien que bajo el aspecto político no lograron mejor éxito que de costumbre. Pero las contribuciones indirectas no se aumentan como se quiere, y subiendo su tarifa, no siempre se está seguro de aumentar sus rendimientos. Despues de aliviar á la propiedad territorial bajo su reinado, le repugnaba gravarla nuevamente. Se complacia en decir que en medio de las mayores guerras la condicion material de Francia no habia cambiado; que solo el ejército se resentia de tales guerras, y que para este combatir era su papel ordinario y apetecido de continuo, pues así ganaba gloria, honores, grados y riquezas. Estas eran apreciaciones como las que se suelen hacer cuando se habla sin que nadie contradiga. Aquel ejército, á quien Napoleon suponía tan satisfecho, comenzaba á quejarse mucho, y todos los militares vueltos de las orillas del Niemen usaban de tal lenguaje, que habia que vigilarlos y que separarlos de los nuevos soldados, para evitar que cundiera el contagio del descontento. Además, el ejército no se formaba sino sacándolo del seno de la poblacion, imponiendo al pais esta famosa contribucion de sangre, reputada entonces la mas cruel de todas. Verdad es que ya bajo las banderas, se hacian militares de muy buen humor los hijos de Francia; pero los padres no abrazaban tan cómodamente su partido, y poco á poco se fomentaba en su corazon un odio espantoso,

cuya explosion debia ser tremenda. Se forjaba, pues, Napoleon simples ilusiones al creer que, no aumentándose los tributos en dinero, no debia ejercer la guerra ninguna influencia importuna sobre el espíritu de las poblaciones; pero al cabo le agradaba persuadirse de este modo, y por tanto se negaba á todo aumento de tributos. Por el contrario, Mr. de Mollien, deseando tener llenas sus arcas, y llenas por medios regulares, preferia lo mas seguro y mas pronto, y anhelara aumentar las contribuciones públicas de consiguiente. No pudiéndose hablar á Napoleon de semejante cosa, habia que echar mano de otro recurso.

A la sazón era imposible ó al menos dificultísima una emision de rentas, que acaso saliera á medida del deseo, si antes se intentara acostumbrar al público á esta clase de operaciones; y efectivamente, fuera singular que, no habiendo ensayado el crédito en 1807 ni en 1808, se comenzara á usarlo en 1813. Agotados estaban los productos de las aduanas, que, juntamente con los anticipos del tesoro extraordinario, proporcionaron recursos para cubrir el déficit de los años anteriores, y especialmente los gastos del grande ejército de 1812, y ya no habia inmensas presas que coger como en 1810 y en 1811. Sin embargo, se habian aumentado mucho los productos ordinarios de las aduanas, subiendo de treinta á ochenta millones, merced á la famosa tarifa del cincuenta por ciento, que vino á ser principal instrumento del bloqueo continental. No pudiendo ya esperar la paz de los apuros mercantiles de Inglaterra, no teniendo que prometerse la mas que de las batallas que se iban á dar en Alemania, y queriendo, por otra parte, restituir